

bía cuyo estado mental había pasado apenas del que existía en la Edad media; por esta razón en sus grandes líneas, el edificio social en que podían vivir había de ser de la Edad media. Era necesario sanearlo, limpiarlo, abrir en él ventanas, derribar cercas, pero conservar sus cimientos, la obra maestra y la distribución general; sin lo que, tras haber destruido y acampado diez años al raso á manera de salvajes, sus huéspedes se habían de ver obligados á reedificar sobre el mismo plano á corta diferencia. En los espíritus inculcos que no han llegado á la reflexión, las creencias no se unen sino al símbolo corpóreo y no se produce la obediencia sino por la violencia física; no hay religión sino con el cura, ni Estado sino con el gendarme. Un solo escritor, Montesquieu, el más intruido, el más sagaz y el más equilibrado de todos los espíritus de su siglo, distingue estas verdades, porque era á un mismo tiempo erudito, observador, historiador y jurisconsulto. Pero hablaba como un oráculo, por sentencias y enigmas; corría como sobre ascuas al tratar de su país y de su época. Por esta razón vivía respetado, pero aislado, y su celebridad no era una influencia. La razón clásica se negaba á ir tan lejos para estudiar tan penosamente al hombre antiguo y al hombre contemporáneo. Era para ella más cómodo y más corto continuar su inclinación original, cerrar los ojos sobre el hombre real, volver á entrar en su almacén de nociones corrientes, sacar de él la noción del hombre en general y edificar por ahí arriba, en los espacios. Por esta ceguera natural y definitiva deja de ver las raíces antiguas y vivientes de las instituciones contemporáneas, y no viéndolas, niega su existencia. Para ella, la preocupación hereditaria, no es más que una simple preocupación; la tradición no tiene título alguno y su reinado no es más que una usurpación. Hé ahí desde entonces la razón en campaña contra su predecesora para arrebatarse la dirección de los espíritus y sustituir el régimen de la mentira.

IV

En esta gran expedición hay dos etapas. Por timidez ó buen sentido, unos se detienen á la mitad del camino. Por lógica ó pasión van los otros hasta el fin. Una primera campaña quita al enemigo sus defensas exteriores y sus fortalezas fronterizas; es Voltaire que conduce al ejército filosófico. Para combatir la preocupación hereditaria se le oponen otras cuyo imperio es tan extenso como el suyo y cuya autoridad no es menos reconocida. Montesquieu

contempla la Francia con los ojos de un persa, y Voltaire, regresando de Inglaterra, describe á los ingleses, especie desconocida. Frente al dogma y al culto reinantes, se desarrollan con una ironía abierta ó disimulada los de las diversas sectas cristianas, anglicanos, cuáqueros, presbiterianos, socerianos, los de los pueblos antiguos ó remotos, griegos, romanos, egipcios, mahometanos, güebros, adoradores de Brahma, chinos, simples idólatras. En frente de la ley positiva y de la práctica establecida, expónense con visible intención las demás constituciones y las otras costumbres, despotismo, monarquía limitada, república; aquí la Iglesia sometida al Estado, allá la Iglesia separada del Estado; en este país, castas, en aquél la poligamia, y de comarca en comarca, de siglo en siglo, la diversidad, la contradicción, el antagonismo, costumbres fundamentales que, cada una en sí están igualmente consagrados por la tradición, y forman todas legítimamente el derecho público. Desde este momento queda roto el encanto. Las antiguas instituciones pierden su prestigio divino; ya no son más que obras humanas, productos del lugar y de la época nacidos de una conveniencia y de un convenio. El excepticismo penetra por todas las brechas. En lo referente al cristianismo todo se cambia inmediatamente en hostilidad pura, en polémica prolongada y encarnizada; porque á título de religión del Estado, ocupa el cargo de tal, censura el libre pensamiento, manda quemar los escritos, destierra, encarcela ó molesta á los autores y se encuentra en todas partes como adversario natural y oficial. Por otra parte, como religión ascética que es, no sólo condena las costumbres alegres y relajadas que la nueva filosofía tolera, sí que también las inclinaciones naturales que autoriza y las esperanzas de dicha terrena que pone ante todos los ojos. Por eso están de acuerdo contra él, el corazón y la inteligencia. Con los textos en la mano Voltaire le persigue desde uno á otro extremo de su historia, desde los primeros cuentos bíblicos hasta las primeras bulas, con una animosidad y un numen implacables, como crítico, como historiador, como lógico, como moralista, comprobando fuentes, oponiendo testimonios, hundiendo el ridículo como una piqueta en todos los puntos flacos donde el instinto sublevado tropieza con su cárcel mística y en todos los sitios dudosos donde las aplicaciones ó remiendos posteriores desfiguraron el primitivo edificio. Pero respeta del cristianismo su primer basamento y en esta parte, los más grandes escritores del siglo hacen otro tanto. Bajo las religiones positivas que son falsas hay la religión natural que es verdadera.

V

Esto es el texto sencillo y auténtico de que las demás son traducciones alteradas y amplificadas. Quiétese la sobrecarga ulterior y divergente; queda el original, y ese extracto común con el cual concuerdan todas las copias es el deísmo. Igual operación se realiza en las leyes civiles y políticas. En Francia, donde tantas instituciones superviven á su utilidad, donde los privilegios no están ya justificados por los servicios, cuyos derechos se han cambiado en abusos, ¿qué arquitectura hallar tan incoherente como la de la antigua casa gótica? ¡Cuán mal construida está para un pueblo moderno! ¿De qué sirven en un Estado unido y único, todos estos compartimientos feudales que separan las clases, las corporaciones, las provincias? Un arzobispo feudal de una semiprovincia, un cabildo propietario de doce mil siervos, un abad de salón con una buena renta sobre un monasterio que no vió jamás, un señor magníficamente pensionado por figurar en las antecámaras, un magistrado que compra el derecho de administrar justicia, un coronel que sale del colegio para ir á mandar su regimiento hereditario, un negociante de París que por haber alquilado por un año, una casa en el Franco-Condado, enajenera *ipso-facto* la propiedad de sus bienes y de su persona... ¡Cuán vivas paradojas! Y las hay parecidas en toda la Europa. Lo mejor que puede decirse en pro «de una nación civilizada,» según dice Voltaire en sus *Diálogos*, es que sus leyes, usos y prácticas se componen por partes iguales de abusos y de usos tolerables. Pero bajo estas legislaciones positivas que se contradicen unas á otras, y cada una de las cuales se contradice á sí misma, hay una ley natural sobreentendida en los códigos, aplicada á las costumbres. «Enseñadme un país en que sea honrado robarme el fruto de mi trabajo, violar una promesa, mentir para perjudicar, calumniar, asesinar, envenenar, ser ingrato para con su bienhechor, pegar al padre y á la madre que nos dan de comer.» «Lo que es justo ó injusto lo es en todo el Universo.» Y en la peor sociedad, la fuerza se pone hasta cierto punto al servicio del derecho, lo mismo que en la peor religión, siempre el dogma extravagante proclama en cierto modo á un supremo arquitecto. Por eso las religiones y las sociedades disueltas por el examen, dejan entrever en el fondo del crisol un residuo de verdad las unas y un residuo de justicia las otras, resto pequeño pero precioso, especie de lingote de oro que la tradición conserva, que la razón purifica, y que poco á poco, despojada de su liga, trabajado, empleado en todos los usos, debe por sí solo suministrar toda la sustancia de la religión y toda la hilaza de la sociedad.

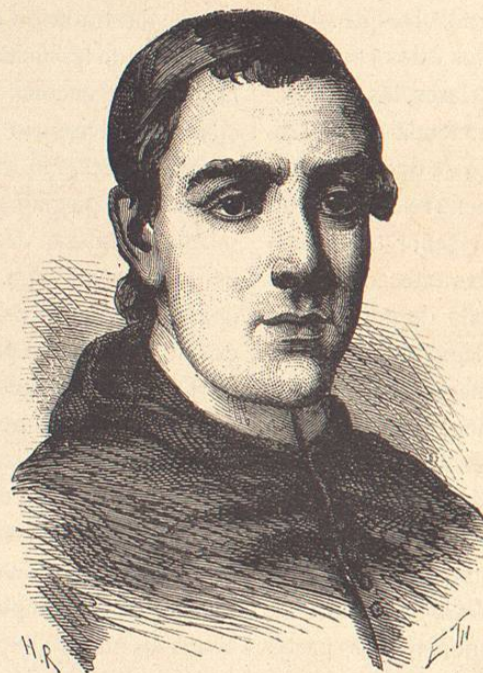
Aquí empieza la segunda expedición filosófica. Esta se compone de dos ejércitos: el primero es el de los enciclopedistas escépticos unos como de Alembert, semipanteístas, otros como Diderot y Lamark, y otros ateos francos y materialistas puros como de Holbach, Lamettrie, Helvetius, y más tarde Condorcet, Lalande y Volney, diferentes todos é independientes unos de otros, pero unánimes todos en que la tradición es el enemigo común. Tal es el resultado de las luchas prolongadas; con su duración la guerra se encona; se quiere conquistarla todo, rechazar al adversario hasta el fin, echarle de todas sus posiciones. No se quiere admitir que la razón y la tradición puedan juntas y de acuerdo defender la misma fortaleza; desde que la una entra, necesario es que la otra salga. Desde entonces se establece una preocupación contra otra preocupación. Verdad es que Voltaire, el patriarca, no quiere apartarse de su Dios remunerador y vengador, pues, como él mismo dice en el artículo *Religión* de su *Diccionario filosófico*. «Si tenéis un caserío que gobernar, necesario es que haya en él una religión.» Tolerémosle ese resto de superstición en gracia á sus grandes servicios, pero consideremos como hombres el fantasma que contempla él con ojos de niño. Lo admitimos en nuestro espíritu por la fe, y la fe es siempre sospechosa. Ha sido forjado por la ignorancia, por el miedo, por la imaginación, fuerzas todas engañadoras. No era al principio sino el ídolo de un salvaje; en vano lo hemos purificado y engrandecido, porque siempre se resiente de su origen; su historia es la de un sueño hereditario que nacido en un cerebro loco y tosco, se ha prolongado de generación en generación y subsiste aún en el cerebro culto y sano. Voltaire quiere que este sueño sea verdad porque de otra manera no puede explicar la bella armonía del mundo y porque un reloj supone un relojero; antes sería necesario probar que el mundo es un reloj y buscar si la armonía regularmente incompleta, que en él se observa deja de explicarse mejor con una hipótesis más sencilla y más conforme á la experiencia, la de una materia eterna en la que es eterno el movimiento. Partículas móviles y movientes cuyas diversas clases tienen diferentes estados de equilibrio; hé ahí los minerales, la sustancia inanimada, mármol, cal, aire, carbón (1).

De todo eso formo humus ó tierra vegetal, «siem-

(1) *El sueño de de Alembert*, por Diderot.

bro en ella guisantes, habas, coles;» las plantas se alimentan del humus y «yo me alimento de las plantas.» Cada vez que como, en mí y por mí, una materia inanimada se hace viviente, «yo la convierto en carne, la animalizo, la hago sensible.» En ella existía una sensibilidad latente, incompleta, que se perfecciona y hace manifiesta. La organización es la causa, la vida y la sensación son los efectos; yo no necesito de un ente simple, espiritual, para explicar los efectos, pues tengo su causa. «Mirad este

huevo; con él se derivan todas las escuelas y todos los templos de la tierra. ¿Qué es este huevo? Una masa insensible antes que el germen se introduzca en él. Y aún después de introducido, ¿qué es, todavía? Una masa insensible, un fluido inerte.» Agregadle el calor, metedla en un horno, dejad que se verifique la operación, y tendréis un polluelo, esto es, «sensibilidad, vida, memoria, conciencia, pasiones, pensamiento.» Lo que llamáis alma es el centro nervioso á que van á parar todas las fibras sensi-



El Papa CLEMENTE XIV

bles. Las vibraciones que éstas le transmiten forman las sensaciones; una sensación excitada ó renovada es un recuerdo; sensaciones, recuerdos y signos, son los que constituyen todas nuestras ideas. Así, no es una inteligencia la que ordena la materia, sino que es la materia la que, ordenándose produce las inteligencias. Pongamos, pues, la inteligencia donde está, en el cuerpo organizado; no vayamos á quitarla de su pedestal, para colgarla del cielo sobre un trono imaginario. Porque este huésped desproporcionado, una vez introducido en nuestro espíritu, acaba por desconcertar el juego natural de nuestros sentimientos, como un monstruoso parásito chupa toda nuestra sustancia (1). El primer interés del hombre

(1) «Si un misántropo se hubiese propuesto labrar la desdicha del género humano, ¿qué mejor hubiese podido inventar para ello que la creencia en un sér incomprendible con el que no pudieran los hombres entenderse jamás, y al que concedieran mayor importancia que á su propia vida?» Diderot. *Pasatiempo de un filósofo con la mariscal de...*

sano es librarse de él, desprenderse de toda superstición, de todo «miedo á los poderes invisibles (1). Sólo entonces puede fundar una moral, distinguir «la ley natural.» Puesto que el cielo está vacío, no tenemos necesidad de buscarla en una orden de las alturas. Miremos hacia abajo, sobre la tierra; consideremos al hombre en sí mismo, tal como es, á los ojos del naturalista, es decir, el cuerpo organizado, el animal sensible, con sus necesidades, sus apetitos y sus instintos. No solamente son indestructibles, sino que, además, son legítimos. Abramos la cárcel en que la preocupación los tiene encerrados; démosles el espacio y el aire libre, que se despliegan con toda su fuerza, y todo irá bien. Según Diderot, en su *Suplemento al viaje de Bougainville*, el matrimonio indisoluble es un abuso, es «la tiranía del hombre, que ha convertido en propiedad la po-

(1) *Catecismo universal*, por Saint-Lambert, y la *Ley natural ó catecismo del ciudadano francés*, por Volney.

sesión de la mujer.» El pudor, lo mismo que el traje, es una invención y un convenio (1).

No hay dicha ni costumbres sino en los países en que la ley autoriza al instinto; en Otai, por ejemplo, en donde el matrimonio dura un mes, muchas veces un día, en ocasiones un cuarto de hora, en donde se unen y separan á voluntad, donde como muestra de hospitalidad se ofrecen por la noche al huésped las hijas y la esposa, donde el hijo se casa con su madre por atención, donde la unión de

los dos sexos es una fiesta religiosa que se celebra públicamente. Y el lógico, llevando las consecuencias al extremo, acaba con cinco ó seis páginas «capaces de hacer erizar el pelo» (1), confesando él mismo que su doctrina «no es buena para predicada á los niños ni á las personas mayores.»

En Diderot, por lo menos, estas paradojas tienen su correctivo. Cuando describe las costumbres modernas, lo hace como moralista. No sólo conoce todas las fibras del corazón humano, sino que clasifica



José II, emperador de Austria

á cada una de ellas en su categoría. Le gustan los sonidos bellos y puros, se llena de entusiasmo con las nobles armonías, tiene tanto corazón como genio. (Véanse, sino, sus admirables cuentos, *Conversación de un padre con sus hijos* y *El sobrino de Rameau*). Mejor aún, cuando se trata de buscar los impulsos primitivos, reserva, al lado del amor propio, un sitio independiente y superior para la piedad, la simpatía, la benevolencia, «la beneficencia» y todos los generosos afectos del corazón que se entrega y sacrifica sin cálculo ni reflexión egoísta. Pero, tras él, hay otros fríos y limitados que, según el método

matemático de los ideólogos (2), fabrican la moral á la manera de Hobbes. No necesitan mas que un solo móvil, el más sencillo y tangible, enteramente tosco, casi mecánico, completamente fisiológico; la inclinación natural que induce al bruto á esquivar el dolor y á buscar el placer. «El dolor y el placer,—dice Helvetius,—son los únicos resortes del universo moral, y el sentimiento del amor á sí mismo es la única base sobre la cual pueden establecerse los cimientos de una moral útil... ¿Qué otro motivo, sino

(1) *Continuación del sueño de de Alembert. Diálogo entre la señorita de Lespinasse y Bordeu.*—Memorias de Diderot, *Carta á la señorita Volant*, III, 66.

(2) *Memorias de la señora de Epinay*; conversación con Duclós y Saint-Lambert, en casa de la señorita Quinault.—Rousseau, *Confesiones*, primera parte, libro V. Esos son exactamente los principios enseñados por M. de Tavel á la señora de Varen.